

VIDA DE LA UNIVERSIDAD

EL TERCER CENTENARIO DE LEIBNITZ

D. C. V.

El próximo 21 de junio se cumplen los tres siglos del nacimiento de Godofredo Guillermo Leibnitz. Este es uno de los espíritus más geniales con que cuenta la época moderna. Por ello, es urgente llamar la atención sobre este acontecimiento, para que los hombres interesados por la historia del espíritu occidental dirijan su mirada hacia el pasado y se sumerjan en uno de sus momentos, con el ánimo de descubrir allí buena parte de lo que se posee en la actualidad. Donde más urge hacer este llamamiento es en América, la única parte del planeta donde ahora se trabaja seriamente en filosofía. Europa lleva muchos años de alteración y, con seguridad, no puede dedicarse a tareas de esta clase. La hora que pasa exige su atención y le es imposible detenerse a contemplar cosas fenecidas, aun cuando en su comprensión le vaya la comprensión de su propio sér. De manera que América debe preocuparse por celebrar el centenario de este grande hombre de occidente, porque, por ahora, ella es la heredera, aprendiz y guardiana de la cultura occidental, y lo que tenga que ver con esta cultura tiene que ver con ella. En este caso se le presenta una tarea gigantesca, debido a la importancia de Leibnitz y al escaso conocimiento que se tiene de él. Por lo tanto, si quiere entrar en relación con el pensamiento de Leibnitz, tiene que conquistarlo primero. Aquí se cumple de una manera perfecta la sentencia de Goethe: “Lo que heredaste de los antepasados, conquistalo para poseerlo”.

La superlativa importancia de Leibnitz en la marcha del pensamiento occidental es algo protuberante. Es un punto de llegada de la meditación moderna y un punto de partida hacia nuevas conquistas intelectuales. En él llega a su cumbre el ra-

cionalismo, con el cual se inicia la edad moderna. Como se sabe, la raíz más profunda del racionalismo es la creencia en la identidad entre el sér y el pensar. Todo el tiempo que va de Descartes a Kant es una lucha titánica por fundamentar esta creencia. Creencia que brota de la nueva ciencia matemática de la naturaleza renacentista. Porque el anhelo de ésta era borrar todos los misterios del cosmos utilizando procedimientos matemáticos. Tal anhelo científico se transmite a la filosofía. Y los filósofos se ponen a construir imponentes edificios teóricos, donde no queda un solo sitio para el misterio, del mismo modo que las matemáticas llevan a cabo sus grandes construcciones partiendo de escasos axiomas. Pero antes de Leibnitz no se satisface plenamenté este anhelo. En Descartes, por ejemplo, todavía hay una región que no puede dominar el pensamiento, un sitio para el misterio. Estas son las *ideas confusas*, que se distinguen de las *ideas claras*, donde ya no se presentan misterios, en que son problemáticas, en que no las puede traspasar la razón de claridad. Leibnitz acepta esta distinción, pero descubre métodos para convertir las ideas confusas en ideas claras. De manera que para Leibnitz el mundo se halla traspasado de racionalidad. La estructura de la razón es la misma que la estructura de la realidad. Y es esto, precisamente, lo que anhelaba el racionalismo: hacer coincidir el orden de la razón con el orden de la realidad. Por eso la obra de Leibnitz es la cumbre de su evolución. Pero nada es más fatal para una idea que se muestra en su plenitud, porque esto indica que ya ha agotado todas sus posibilidades y que es necesario reemplazarla por otra. Y esto es lo que ocurre con el racionalismo al llegar a Leibnitz. En él celebra sus mayores triunfos, pero a partir de él principia su ruina. Después de Leibnitz viene Kant, que es el destructor de toda metafísica racionalista. Pero a pesar de que Kant acaba para siempre con la metafísica racionalista, se apoya en ideas de Leibnitz, el máximo racionalista, para construir su sistema, que habría de imperar por mucho tiempo y que habría de ser el punto de referencia de todo el pensamiento hasta nuestros días. Por eso decíamos que Leibnitz, además de ser un punto de llegada, es también un punto de partida. La filosofía inglesa venía sosteniendo que no había más fuente de conocimiento que la experiencia. Leibnitz distingue entre *verdades de hecho* y *verdades de razón*. Las primeras sí provienen de la experiencia, pero las segundas son anteriores a toda experiencia, son *a priori*. Y esta distinción es precisamente

el punto de partida de todo el pensamiento de Kant. De manera que en Kant sigue perviviendo Leibnitz, y con Kan en el porvenir.

Pero todavía tenemos contraídas otras deudas con Leibnitz. Porque el Leibnitz metafísico no es todo Leibnitz. El fue un hombre universal que trabajó con genialidad extraordinaria en todos los campos del saber. Recuérdese su descubrimiento, en el campo de la geometría, del análisis *situs*, que añadió a aquella ciencia una disciplina enteramente nueva. En directa conexión con Leibnitz, H. Grassmann encontró, en su *teoría de la extensión*, la idea de la *característica geométrica*. Las ideas de Peano sobre el cálculo geométrico también han sido encontradas en conexión con las ideas de Leibnitz sobre el análisis *situs*. Recuérdese su descubrimiento del cálculo infinitesimal, que ha sido tan fecundo en la ciencia moderna. Recuérdese su escrito juvenil *Dissertatio de arte combinatoria*, donde intenta dar a la lógica la seguridad de los métodos matemáticos, intento que repiten en nuestros días los partidarios de la lógica científica, corriente tan considerable en la actualidad. Recuérdense sus ideas sobre la filosofía del lenguaje, de las cuales decía Max Müller, una de las mayores autoridades en estas materias, que si se hubiesen comprendido por los sabios de la época, la lingüística se hubiera constituido un siglo antes como ciencia inductiva. Recuérdese su *Historia de la casa de Brunswick*, en la que, estudiando los antecedentes prehistóricos de Alemania, trazó los fundamentos de la geología y de la antropología prehistórica. Se podría seguir enumerando contribuciones geniales de Leibnitz a la cultura de todos los tiempos. Pero con esto basta para señalar la importancia extraordinaria de su obra y la obligación en que se encuentra el hombre actual de meditar sobre ella para poder conocer buena parte de las raíces de su cultura.

Por lo visto, se puede afirmar que Leibnitz es uno de los pensadores de mayor importancia en la cultura de occidente. Pero, no obstante esto, ha sido muy desafortunado. Todavía no se ha penetrado a las profundidades de su obra. Con la constitución de una historia de la filosofía rigurosa se ha comenzado esta tarea. Pero aún quedan muchos aspectos oscuros. Ni siquiera se conoce todo lo que escribió, pues sus miles de cartas e innumerables ensayos se encuentran en manuscritos de la biblioteca de Hannover. En el Congreso de la Asociación Internacional de Academias, celebrado en París en 1901, se planeó una edición completa de sus obras, pero esta tarea fue interrumpida por la

guerra del 14; posteriormente la academia prusiana intentó llevarla a cabo, pero quizá también la contienda que acaba de pasar la haya malogrado.

Leibnitz es, pues, una montaña virgen. A pesar de cumplirse los tres siglos de su nacimiento, pertenece menos al pasado que al porvenir. Por eso América debe aprestarse a celebrar su centenario con trabajos que aclaren su magna figura, contribuyendo así a la aclaración de la historia del espíritu europeo, de la cual su propia historia es una continuación.